

## La diadema de Augusta

---

Edmundo Vivero \*

(Fragmento de la novela El Muro que no cayó).

**Berlín, 8 de octubre de 1989, 6: p.m.**

¿Qué mismo pasará en Berlín en los próximos días? le preguntaba al Juanito.

Creo que esto del comunismo se acaba.

¿Por qué lo dices? Porque escuché en Spandau ayer, en el boliche, que se han escapado por Hungría unos argentinos músicos, compañeros del Félix.

¡Ahh!

Oye, pero en verdad será que pasa algo?

Bueno, no sé pero....hay un desorden raro y un ambiente raro y un frío ... que me cala los huesos. Las fronteras están vacías y parece que se escuchan rumores del final.

Hacen daño..., me hace daño la comida, me hace daño la incertidumbre, me hace daño mucho silen-

cio, me hace daño tanta mentira; y desaparecen a veces...

¿Quienes desaparecen?

Los fantasmas, hay unos fantasmas que están cerca del muro en la Ronsendstrasse. Tú sabes, los veo, los siento, yo viví en el Coca, allá en Sudamérica, ¿no te acuerdas que te conté? Ja, ja...

¡Ah, sí! ¿Qué será de la Gabriela, se habrán visto con el Félix? porque ella tenía el violín, ese que suena bonito, suena como húngaro ¿no? ¿por qué no los buscamos antes de que pase algo, ah?, para tocarlo, esa melodía húngara que me gusta tanto.

**Bueno, vamos.**

Tomamos el tren y salimos por una de las fronteras de la amurallada ciudad. En eso, aparece Paola, la italiana y nos cuenta que ha visto muchísimos soldados. Ella venía de Pancow un barrio obrero, cuna de

---

\* Diplomático de Carrera, Licenciado en Ciencias Jurídicas, Especialista Superior en Integración de la U. Andina Simón Bolívar, Especialista Superior en Administración del Talento Humano, ha Ejercido funciones en el Ministerio de Relaciones Exteriores y en Embajadas y Consulados del Ecuador en el Exterior.

neonazis y de gente violenta. Está asustada, nos asusta también. Oye, ¿muchos soldados? ¿Y de qué tipo son? Son boinas rojas soviéticos, pero hay muchos alemanes orientales también y vienen en camiones tanques, etc., hacia la Puerta de Brandenburgo.

Un vértigo y una sensación desagradable con olor a pólvora y muerte me invadía el cuerpo. Estaba solo, la Gaby no asomaba, no había teléfonos para comunicarse. Podía pasar lo peor. Ya se escuchaban gritos.

Eran las siete de la noche del 8 de octubre de 1989. El tren paró en la Kunfusterdam, una de las estaciones principales de Berlín de Este. Allí había un cafetín donde llegaban turcos, afganos, sudacas, en fin auslanders, y estaban desencajados, temían que se repitieran episodios como los de los 40, eran intelectuales, sabían la historia y la otra también. Había miedo, mucho miedo.

La cerveza que me había tomado con Juanito empezaba a fermentarse y junto con la angustia y el desconcierto me hacían tener ganas de dormir y olvidarme de este episodio, de esta pesadilla. Vivía frente a Alexander Platz, en el oeste, en el centro de Berlín, veía todos los días el muro de la vergüenza y no podía opinar nada. ¡Qué tristeza! ¿Por qué vivirá la Gaby acá? ¿Será por la música, porque hay buenos maestros en la RDA, será? No encontré nunca una explicación para

buscar el encierro, la falta de libertad. Bueno, mi caso era otro.

¿Huir? ¿Hacia donde? ¿Cómo? ¿Y si nos matan? ¿Qué hacer? Era una revolución, el comunismo se terminaba, era el ocaso de la administración del proletariado. Fue anunciada hace meses, la Perestroika y muchas razones más. El éxodo comenzó en Hungría y se desparramó por toda la cortina de hierro. Estaba escribiendo la Historia. Allí presente. En Berlín, el 8 de octubre del 89, previo a la Caída del Muro y al reordenamiento mundial.

Las radios se apagaron y solo transmitían la dimisión de Honecker y de Krenz, estaban desordenados, no había brújula, en una nación por tradición disciplinada y programada. Era la revolución o el fin de una etapa. Había que sobrevivir. Había que actuar con cautela, inteligencia, valentía y empaquetar las cosas. Las pocas cosas.

Las diez de la noche y no había noticias de Gaby, ni del violinista, ni del violín. Llamo a Juanito, sabía muchas cosas de la DDR o RDA, en fin... ya será historia en pocas horas. Misterio, orden, silencio, represión, cultura, restricción, problemas.

Contacto con el aeropuerto. Los vuelos no salen hasta nueva orden. Era imposible abandonar Berlín. Había que asumirlo, intentar relajarse, visualizar los hechos, mantenerse en contacto con alguien que nunca apareció.

Berlín del oeste estaba en silencio, un silencio poco usual porque era bulliciosa, llena de turistas, llena de cafetines, de restaurantes, de tiendas y de comercio, de tiendas de souvenirs que ofrecían postales del Zoo famoso de Tiegarten, del Muro de Berlín, de la Puerta de Brandemburgo, Osos Berlineses y del Check Point Charlie donde era el paso obligado del turismo controlado y muy restringido y donde había un pequeño museo de los “escapes” más insólitos. Era el paso fronterizo de los aliados, de Francia, Inglaterra y Bélgica.

Las once de la noche en Berlín y empieza la concentración de personas de todos lados, los trenes venían de Praga, de Checoslovaquia, de Bulgaria. Venían llenos. Gente con una maleta. Y vendían mantequilla en el parque de BudenStroness, eran polacos. Los polacos venían a Berlín a vender todo, todo valía un dólar. ¡Qué extraño era todo esto! ¡Qué ojos tan bonitos de esas señoras! Que facilidad para vender. Bueno todo valía tan poco. ¿Qué pasará con ellos? ¿A dónde irán?

Mil preguntas, algunas con respuesta pasaban como imágenes por mi cabeza. Empecé a caminar hacia Brandemburgo, empecé a confundirme con la gran masa de alemanes orientales que venían de Dresden cuidando de no acercarme a los skin heads. Empezaron a gritar, a rugir endemoniadamente cánticos teutones y consignas alusivas a la vida, pa-

sión y muerte del comunismo. Creo que era el único latinoamericano ahí, en ese instante. Veía a lo lejos el edificio donde estaban mis cosas, mis fotos, mis apuntes, mi ropa, mis documentos. En fin vivía esa manifestación, la revolución, estaba en el medio de miles, miles, quizá pudieran llegar a millones de personas en pocos instantes. Juanito desapareció, estaba inquieto y preocupado. Perdí contacto. Caminaba sin ver a nadie que me pareciera conocido. La masa me empujaba hacia Brandemburgo.

Gritaban ¡los tanques, los tanques! Los soldados corrían hacia Spandau. Se escuchaban escaramuzas seguidas, fuertes, atemorizadoras. La guerra empezó en varios puntos de la ciudad amurallada. Nadie sabía que iba a explotar en pocos instantes lo que era el Gran Muro de Berlín y sus 150 kilómetros con sus 5 metros de altura infranqueables porque se sabía que existían campos minados en el área circundante al mismo.

Caminaba inconsciente, empujado por la masa humana. Perdí todo contacto. Ya solo hablaba alemán, escuchaba alemán, pensaba como alemán. Había únicamente que avanzar, avanzar y buscar alguna bebida porque la deshidratación empezaba a pasar la factura en mi agobiado cuerpo. Me lancé hacia la calle, avanzaba y avanzaba. Ya divisé desmayos, gente acostada, rendidos, emocionados, combatientes, extasiados, locos, libres, libres, libres, me angustiaba, qué pasará conmigo,

qué pasará con mi vida, me pueden aplastar, a dónde corro si empiezan a disparar, cómo me defienden ante tanques de guerra que empiecen a disparar. Eran las doce de la noche, truenos, sonidos fuertes, ruidos, palas, picos martillos ¡a picar, a picar! gritaban todos enloquecidos, hacia el muro, hacia el muro. Pude salir del grupo corrí mucho hasta estar casi solo y ver que trepaban el muro entre tres, cuatro, ayudándose. Nadie detenía a esa turba que desde 1961 había presenciado toda la represión incontenible. Estar en medio de una revolución, estar en medio de una guerra, estar en medio de la angustia, de la confusión, empezaba a finalizar con un ruido espantoso de una caída conceptual, de un estrepitoso final.

Los helicópteros sobrevolaron Berlín, las carreras eran por todas partes, gente iba y venía: rumanos, checos, húngaros, soviéticos, armenios, polacos, serbios, croatas. Los saqueos, vandalismos que la policía no podía contener. Y gritos y gritos.

Diviso a Gaby con un grupo de alemanes desbordantes de emoción, le grito ¿el violín? Y me señala atrás. Era Félix que venía caminando y tocando, con la diadema de Augusta, su madre, quién murió en Sachsenhausen, campo de concentración nazi. Venía tocando el violín con su mentón apretado al instrumento, mirando hacia el infinito. Lo dejaban pasar, algunos caían, otros lloraban y Félix únicamente tocaba sin cesar y caminaba, caminaba, hacia

la libertad: el Muro de Berlín había caído, eran las tres de la mañana del 9 de octubre de 1989, y yo, estaba allí, con la mirada distante, con mi corazón palpitante, con mis manos caídas y exhaustas, con mi cuerpo y pies adoloridos, golpeados...sin pensar ....viviendo la historia de uno de tantos episodios trascendentales del universo en que nací, y presente allí, con mi espíritu libertario. Pero la melodía era triste, el violín sonaba lejano. Habían dejado atrás su calma, su vida dirigida, controlada, mutilada, para iniciar una de qué sabe qué tristezas e injusticias también complejas para el entendimiento del ruborizado corazón humano. Y libre...ya libre.